


SE BUSCA UN PAÍS

LEONARDO PADRÓN

 Planeta

SE BUSCA UN PAÍS

LEONARDO PADRÓN

 Planeta

Primera edición: abril de 2015

Se busca un país
© Leonardo Padrón, 2015
© Editorial Planeta Venezolana, 2015
Av. Libertador con calle Alameda
Torre Exa, piso 3, ofic. 301
El Rosal - Caracas

Depósito legal: If5222015800871
ISBN: 978-980-271-530-5

Diseño de cubierta:
Camoba Taller Gráfico Editorial

Fotografía de cubierta:
Donaldo Barros

Impreso por: Editorial Arte, S.A.
Impreso en Venezuela - *Printed in Venezuela*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total
ni parcialmente, sin el permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

El mundo que había de rodearnos
estaba en constante descomposición.
En él andaban desbocados los efectos de las causas.

WISLAWA SZYMBORSKA

Índice

Poeta perseverante y con lupa, por César Miguel Rondón
A modo de presentación, Leonardo Padrón

Se busca un país
La cuerda floja
La mujer número 57
El elefante y la gripe
Zapping y tequeños
Salitre en la puerta cinco
Sin cebolla, por favor
Perdigones en la cédula
El país también es un boulevard
A contravía
Se parece igualito
Taxistas, ballenas y otras especies
El crujido de los optimistas
La isla que somos todos
La cuenta regresiva
La piñata y el mal de ojo
Días de furia
No claudicar
La soledad de las mayorías
Una razón llamada Mónica
Formas del adiós
La paz, esa indigente
El mes más largo
La sangre de las espinas
Supervivientes
Postales del cinismo
Costumbres inquietantes
Pozos de agua triste
«Yo era un hígado»

Hola, Miami
Después
En el lugar equivocado
Entre el humor y la desdicha
Caracas, la urgente
Romeo y Julieta en el SEBIN
Un hombre rodeado de agua
Fragmentos de una montaña rusa
La ciudad de la furia
Un día de feria
Hormigas de la esperanza
Extremos
Un pasillo rodeado de nubes
Etapa culminante
Cinco sótanos contra el sol

POETA PERSEVERANTE Y CON LUPA

«Debo confesar que estoy agotado. El país se me ha vuelto un insomnio. No puedo iniciar estas líneas de otra manera».

Así confesó Leonardo Padrón, de viva voz, cuando comenzó su discurso en el acto de los artistas apoyando la candidatura presidencial de Henrique Capriles Radonski. Era el 5 de abril de 2013. Chávez había muerto el mes anterior —eso dicen—, y a Capriles le tocaba echarse otra vez el país sobre los hombros para enfrentar, ahora, al llamado «heredero», Nicolás Maduro. Había que echar el resto, y, con esa certeza entre pecho y espalda, todos los que queremos un cambio urgente nos reunimos esa mañana de abril en el Teatro Chacao. Todos, al igual que Leonardo, agotados. ¿Pero agotados por qué, agotados de qué? Él lo respondió:

«En definitiva, andamos buscando un país donde la decencia se convierta en rutina. Donde mi diferencia sea el vínculo con la tuya. Donde sea moralmente inadmisibile el escarnio. Aquí todos estamos agotados de tanto desencuentro, tanta agresión mutua, tanto reventarnos la madre en el idioma».

Esa fue la idea central de su discurso: venezolanos agobiados, agotados, buscando un país. Y es ese discurso, precisamente, el que encabeza y da título a este nuevo libro de crónicas de Leonardo Padrón: «Se busca un país».

En el mismo párrafo inicial, líneas más abajo, el autor afirma:

«...en estos días feroces hay que ponerse el mapa encima. En estos días toca revisar lo que somos y lo que hemos dejado de ser».

Y es esa la tarea que obliga y define las crónicas que reúne este libro: ante un país con la luz apagada y sin

brújula, se impone una búsqueda urgente, impostergable. Y quien dice país dice su gente, dice nosotros, los venezolanos que, independientemente de donde estemos, sea en el chavismo o en la oposición, sea en Maracaibo o en Madrid, estamos habitados por un mismo país que nos justifica y nos da razón de ser. Así, pues, Padrón se echa encima el mapa —a veces capa, a veces cobija, a veces impermeable— y se lanza en esta expedición de reconocimiento, sin duda tortuosa, compleja y difícil, pero inevitable.

El poeta que es intenta innumerables definiciones de país. Las que le dictan el recorrido y el asombro:

«¿Qué va a pasar?, me insiste un vendedor de girasoles en Sabana Grande».

«Hay una monumental nostalgia de futuro. El país es un boulevard donde reina una sola pregunta».

En otra crónica, confiesa:

«No sé si es deformación, pero en todos lados veo metáforas del país que hoy somos. Un cableado eléctrico que explota, una solución que no va a llegar a tiempo, un tanto más de oscuridad».

Y esa «deformación» le acompaña, como el aliento, en todo momento y en todo lugar. Si sale de vacaciones con sus hijos y el plan supone buscar ballenas en las frías aguas de Nueva Inglaterra, la conclusión resultante es perturbadoramente tropical:

«Navegamos hacia nuestro criollísimo mar de la felicidad. Pero en la ruta solo ha habido vértigo y descalabro. Unas náuseas incontrolables. La ballena feliz no aparece por ningún lado. Todo ha sido una estafa gigantesca. Un mareo colectivo. Un país entero arqueando su malestar contra la baranda de la historia. Las señales rotundas de un naufragio».

Releyendo estas crónicas, se me despierta una inquietud, cierta desazón. Todas pertenecen al período de Nicolás Maduro. Algunas, para el momento en que tecleo estos párrafos, ya casi tienen sus dos años de antigüedad.

Pero la lectura nos da a entender que el tiempo, engañoso, no ha pasado:

«Eso somos hoy: un país donde se confunden las colas. Unas para adquirir neveras a precios de rebatiña y otras para clamar por la existencia de aceite, harina y leche. Un país que se nos puso raro, muy raro. Hemos traspasado la franja de lo inverosímil».

¡Y eso lo escribió en noviembre de 2013! El tiempo, en efecto, tiene la lentitud de las colas. No nos damos cuenta pero los días se nos pasan y seguimos en el mismo lugar de ayer, en la misma cola de ayer que, lejos de avanzar pareciera retroceder. Inverosímil, como dice el poeta. Inverosímil e inaceptable.

¿Qué hacer en un país atascado, un país gobernado por el absurdo de un anacronismo ideológico? Las respuestas no son fáciles y algunos, con el alma fracturada y el susto latiéndoles durísimo, optan por la retirada. Padrón, en su búsqueda, también fue tras ese otro país que ahora está lejos. Su primera aproximación es dolorosa:

«La vida cabe en dos maletas. Eso ha comprendido un millón y medio de venezolanos en los últimos años. Cuando decides abandonar el país tu vida se reduce a dos simples maletas. No hay espacio para el apego. Sería exceso de equipaje. Solo fotos: eso que llaman la memoria».

De los viejos tiempos de la abundancia, cuando Miami se definía en la lamentable frase «Ta barato, dame dos», el destino procurado ahora se ha convertido en algo muy distinto:

«Ya Florida no es el cielo del *shopping*. Ahora es la ruta de fuga más cercana. La salida más inmediata para escapar de la lluvia de balas y la ruina económica. Miami es la verdadera guarimba: el refugio».

Allí el cronista se encuentra con viejos amigos, compañeros con los que tanta televisión hizo:

«Son, en gran medida, actores venezolanos, algunos de ellos, estelares, con décadas de oficio y éxito. Hoy comienzan desde cero».

Y lo que vale para los actores, vale también para todos los demás oficios. El país desbaratado que se refugia en Miami está lleno de ingenieros haciendo de parqueros, de abogados pintando casas, de médicos esperando una oportunidad. Es una diáspora hiriente la que creó esta malhadada revolución. Venezolanos buscando una nueva vida en Australia y en los países nórdicos, en la vecindad latinoamericana, en Europa y hasta en el sudeste asiático. No importa la vida que uno haya logrado levantar y construir aquí, al salir ya uno no es el mismo. Uno es nadie, o algo parecido.

«Todo exilio es un libro que se abre por primera vez», escribe el poeta. Y en una crónica más cercana aporta otra definición:

«Un pozo de agua triste en los ojos, eso es hoy este bendito país».

Leonardo ha escrito estas crónicas con tanta honestidad y desnudez que, sin pudor, queda al descubierto. Sabemos, por ejemplo, que le gustan hasta el abuso los perrocalientes, que sus hijos son siempre una prioridad, que hace de la amistad algo ritual y maravilloso, usualmente rociado de whisky, y que la compañía femenina (su pareja es la testigo silente de todas estas páginas), la misma que le alumbró tantos poemas, libros y telenovelas, es insustituible. A un hombre como él en medio de relatos tan crueles, no se le podía pasar por alto esta inquietud:

«Valdría la pena preguntarse cuánto ha mermado la lujuria en esta cólera llamada Venezuela. ¿Acaso hay chance para la seducción, el cortejo, la licencia de las caricias? Se habla de una soledad pasmosa en los hoteles de sexo.

«Es mucha la vida que nos ha robado este monumental desatino llamado revolución».

Y, hablando del desatino que vivimos y del amor, imposible no detenernos en la conmovedora crónica «Romeo y Julieta en el SEBIN». Ya casi oigo la promoción: ¡Tomada de la vida misma! Porque la vida misma es la que mejor dicta y diagrama las historias. Una telenovela, pues,

o una novela sin tele, o un largo poema, o el libro que sea que Leo nos debe plenamente.

Dije al principio que Leonardo Padrón se puso encima el mapa del país —como capa, cobija o impermeable—, pero también he de decir que a ese equipaje le agregó una carreta de perseverancia a prueba de desánimos y derrotas. Aunque confesó inicialmente que era un hombre agotado, la verdad es que ese país que no logra asir no le permite pausa en la voluntad. Ha escudriñado los recovecos de nuestra geografía sentimental, llevándonos el pulso, como si un estetoscopio fuera su instrumento; o una lupa para seguir esa pista de hormigas por donde avanza el contrabando de nuestras esperanzas y fracasos. No olvidemos que ahora también somos el país del bacheo.

Leonardo ha hecho suyo el dolor de los jóvenes presos y torturados, el de sus padres. Nos ha transmitido la rabia y la impotencia que suponen tanta humillación y miseria. Con la misma, nos ha hecho sonreír con las humoradas de sus amigos, y nos ha hecho compartir los sustos y aprensiones de estos por la inseguridad que los espera al salir de una sabrosa tenida social. Un país que no cesa, pues, es el que el autor nos ha dibujado en estas crónicas impecables.

«Este año va a pasar algo —escribió en una reciente—. Es la sensación general. La frase recurrente. No hay almuerzo, reunión, ascensor o transporte público donde no se ventile esa noción [...] Estamos viviendo el momento más crítico de nuestra historia contemporánea. Salvar el país es imperativo. Y al venezolano le importa un carajo la retórica política, la ideología, el color de la camisa, el número de estrellas de la bandera. Solo le importa volver a ser normal.

«Queremos un país normal».

Y ese país normal que busca el poeta es que el que también buscamos todos. Un día de estos, pronto, sin darnos cuenta, lo estaremos habitando. Espero con ansiedad el próximo libro de crónicas de Leonardo Padrón. Allí nos echará el cuento. Mientras aquí están estas

inteligentes y desgarradoras páginas, luminosas y necesarias, que hablan de la incansable procura que nos une.

CÉSAR MIGUEL RONDÓN
Marzo de 2015

A MODO DE PRESENTACIÓN

Fueron muchas las veces que intenté otro tema. Lo juro. En ocasiones parecía que iba a lograrlo y asomaba la mirada a ciertas geografías, fragmentos del asombro, asuntos literarios, personajes o episodios puntuales, pero todo, absolutamente todo terminaba desaguando en el país. En su respiración entrecortada. En su clima de expectación y agobio. En sus punzadas de dolor. Esa resultó siendo siempre la desembocadura. Como si la vida se nos hubiera vuelto una calle ciega. Como si cada verbo entrañara una inflexión de alarma sobre los extraños tiempos que estamos viviendo los venezolanos. Así, toda crónica terminó relatando un país crónico.

Están aquí reunidos los textos publicados en mi columna «Todo en Prosa» de *El Nacional* en los años 2013-2015. Al agrupar estas páginas terminé de entender que los ciudadanos de este país llamado Venezuela hemos estado sometidos a una exasperante prueba de resistencia. Nos cambiaron las reglas del juego. Ya no somos los mismos. Inspirado en el lema del Che Guevara («cuando lo extraordinario se hace cotidiano, estamos en presencia de la revolución»), el régimen chavista logró revertir la ecuación. Nuestra cotidianidad ahora posee dificultades extraordinarias. Hoy, un hecho tan doméstico como adquirir comida obliga a los venezolanos a despilfarrar su vida en una cola humillante o recorrer como penitentes cada rincón posible para lograr la proeza de un kilo de café. La risa, tan venezolana ella, ha trocado en incertidumbre. En cambio, la muerte, siempre tan excepcional, se ha convertido en rutina. Cualquier martes de nuestra agenda se puede convertir en un charco de sangre. El país roto. Diluido. Borrado. Sin duda, ese es hoy el tema que protagoniza la narrativa de nuestras vidas.

Por eso, quizás, estas páginas pueden leerse también como el diario de un país. Un informe de la crispación general. Un inventario del desengaño. A veces se impone asentar en negro sobre blanco el saldo de las tormentas y los agravios.

En estos días, opinar en Venezuela es un hecho delictual. Contar las historias de la infamia también. Y las de la persistencia luminosa. He aquí una apretada colección de mis crímenes.

LEONARDO PADRÓN

SE BUSCA UN PAÍS

Debo confesar que estoy agotado. El país se me ha vuelto un insomnio. No puedo iniciar estas líneas de otra manera. La primera persona del singular es el lugar donde comienza, para todos, el país que somos. El país ocurre primero en el desayuno que nos llevamos a la boca. En las noticias que te emboscan los buenos días. En el hueco que tu carro descubre camino al trabajo. Confieso que mi cédula de identidad me tiene exhausto. Venezuela se ha convertido en una experiencia límite. Pero más me perturbaría cultivar la indiferencia o, peor aún, aplaudir el desatino monumental que vamos siendo. Decía Marguerite Yourcenar que el verdadero lugar de nacimiento es aquel donde por primera vez nos miramos con una mirada inteligente.

Hoy los venezolanos tenemos un país extraño y drásticamente superior a nuestro asombro. La tranquilidad nos quitó el habla. Deambular entre los titulares es respirar tizne y desaliento. Hoy todos estamos salpicados por esa nación áspera que habla con estridencia y nos empuja, pendencieramente, el hombro. Somos una eterna cuenta regresiva. A cada quincena nos jugamos el destino. Necesitamos con urgencia una cierta dosis de aburrimiento. Pero más apremiante aún es conseguir el país que no termina de aparecer. Quizás es el rasgo más común que tienen entre sí un habitante de Chivacoa, El Supí, Manzanillo, Agua Salud o El Cafetal: todos buscamos esa esquiva palabra llamada bienestar. O elijamos otra, una instancia de arranque: sosiego. Que ocurra el sosiego.

En la red social Twitter no siempre triunfan los insultos. Alguien escribió en estos días: *La esperanza también es un talento*. Se me antoja que es una frase poderosa y certera. Para no claudicar uno debe emplearse a fondo. Es la tarea,